

NUNCA LOS PUEBLOS BARBAROS O INCULTOS FUERON LIBRES. CUANDO POR RARA CIRCUNSTANCIA HISTORICA DEJARON DE TENER TIRANOS QUE LOS FLAGELASEN, CONTINUARON SIENDO ESCLAVOS DE SU FANATISMO, DE SU SUPERSTICION, DE SUS PREJUICIOS. NUESTROS SOLDADOS NO DEBEN OLVIDAR QUE ELLOS HAN DE SER POR INELUDIBLE CONSECUENCIA DE LA GUERRA, CIUDADANOS LIBRES DE ESPAÑA Y QUE ESTA POSIBILIDAD LES COMPORTA LA OBLIGACION DE PREPARARSE PARA SERLO CON TODA DIGNIDAD

Año I

Núm. 17

12 de diciembre de 1937

TEMAS DE HOY

El valor de la inquietud

por A. ASENCIO LOZANO

Aparte las ligeras y diarias escaramuzas aéreas, los frentes están tranquilos. La monotonía que pesa sobre nuestras líneas no logran alterarla los «paquetes» intrascendentes e inconsecuentes que en ellas se oyen. Ha llegado la guerra, en esta época, a un estacionamiento o petrificación de todos los frentes, que si nos dejásemos influir por sus capciosas tendencias, llegaríamos a anquilosarnos, amodorrándonos hasta perder una de las características más significativas de las que deben adornar a nuestros combatientes: la inquietud, el afán de crearse, recreándose en ella, una personalidad de la que hasta ayer, antes de la guerra, se veían desposeídos. La diferencia más sustantiva o radical que separa a nuestro Ejército del de los invasores y fascistoides españoles, es la de que, mientras nosotros transfiguramos a nuestros combatientes para convertirlos en hombres decidida y voluntariamente puestos al servicio de una causa, ellos procuran, y se afanan por conseguirlo, que sus hombres, en las trincheras, se adulteren, transformándose en combatientes, meros combatientes a los que la guerra va aprisionando en sus garras, envolviéndolos en sus perniciosas influencias, hasta embrutecerles, porque así, cuando la guerra termine—piensan ellos—, en España no habría o podría haber más que una inmensa legión de seres que han sobrevivido a la guerra, pero que en ella han dejado sepultado las esencias más puras de su dignidad y de su virilidad. Por imposición de nuestra propia voluntad sabemos sustraernos a la capciosa influencia de la tranquilidad en los frentes. Si el enemigo no se decide a atacar y nosotros, por decisión del Mando, no hemos tampoco de movernos para empresas bélicas, no por eso vamos a dejar transcurrir placenteramente el tiempo, sin que ninguna emoción llegue a perturbar nuestras preocupaciones. A lo largo de todas nuestras líneas ha de reco-

rrer constantemente un soplo de inquietud, que, avivando nuestros deseos, nos impulse a movilizarnos, movernos en un trasiego ininterrumpido de pensamientos y de fervores que nos haga poner, en cada hora del día, el propósito de realizar una labor, un trabajo. No es ya sólo esa necesidad, cada hora más apremiante, de fortificar, sólidamente, todas nuestras posiciones, para hallarnos a resguardo de cualquier ataque enemigo. Ya en otro lugar de este mismo número, opiniones autorizadas, hacen forzado hincapié en la necesidad ésta de dotarnos de un atrincherramiento y refugios que resistan todas las contingencias de la lucha. Nosotros queremos machacar, repitiéndolas, otras obligaciones que, íntimamente engarzadas, van con las muchas que nos deparan estas horas. Para que esa diferencia que anteriormente hemos registrado entre nuestro Ejército y el fascioso se acentúe en la proporción que a nosotros nos interesa para que, en verdad, sea abismática, es preciso que demos holgado cumplimiento a estas obligaciones: estudiar, sentir la necesidad de investigar en todos los problemas que la guerra y la revolución tienen planteados.

España, las clases populares españolas, pues ellas son las que nos interesan, al producirse el movimiento del 18 de julio de 1936, tenían ante sí una cantidad de problemas que se nos fueron transmitiendo de generación en generación y que los gobernantes españoles, de una parte, con su estulticia enciclopédica, y, de otra, las masas trabajadoras, por una abstención casi general en política que había de perjudicarles, no supieron o no quisieron aquello solucionar y que estas no les agobiaban con sus apremios para que lo solucionasen. En la guerra, o con la guerra, todos estos problemas han de hallar solución. Unos tal vez la hallen entre el estruendo de los combates y otros habrá que esperar a que los ánimos, demasiado cal-

deados hoy, y las posibilidades económicas, excesivamente agobiadas por los menesteres guerreros, lo permitan. Pero, en cualquiera de los casos, el problema español, el del agro, el del taller, el de la Universidad, tienen que ser ya decididamente afrontados y dispuestos a solucionarlos nosotros. Con la guerra han desaparecido los gobernantes que entorpecieron la evolución del pueblo español hacia otras esferas o épocas de mayor desenvolvimiento cultural, político y económico. Y, también las masas, desterraron de sí esas perjudiciales teorías de su abstención política, que era tanto como retraerse o negarse a participar en la organización de España como nación moderna. Si esta incorporación hemos de celebrarla con muestras de alborozo, es preciso que digamos también, para que éste sea completo, que ella lleva consigo la obligación de aducirse las masas para si todas las condiciones que son precisas para que esa incorporación sea efectiva y florezca en frutos de óptima esplendidez. Nuestros soldados no pueden olvidar que ellos han de ser, al finalizar la guerra, los ciudadanos-hombres que cooperen con su esfuerzo y su inteligencia a esta construcción o reconstrucción a que aspiramos de nuestra España. Y ella les obliga a vivir en perpetua inquietud, en el afán de saber, en el de superarse más y más cada día para que la guerra no les haga presa de sus estragos, permitiéndoles que, en las trincheras, se opere esa transformación que en ellos se ha de realizar, pasando a ser, de agentes pasivos que eran en un panorama que todo les parecía ajeno a ellos, a hombres dinámicos y fervorosamente interesados en todos los acontecimientos de su país, porque saben bien que de sus desdichas o de sus alegrías ellos han de ser los responsables o los coparticipes.

FORTIFICAR ES VENCER

por PABLO BONO

Todo el mundo está de acuerdo: fortificarse debe ser hoy la preocupación esencial de todas nuestras unidades. Todo el mundo ha comprendido que el enemigo va a aprovecharse del material y de los hombres que, después de la situación creada con la caída del Norte, puedan ser empleados en otros frentes.

¿Cuál?

No lo sabemos.

Y, concretamente, para la eficaz movilización de todos nuestros esfuerzos y de todas nuestras posibilidades, este conocimiento, esta información, es de importancia secundaria. Podemos incluso decir sin exageración que, aparte las ventajas de orden táctico y estratégico, el saber por dónde el enemigo va a atacar no tiene importancia ninguna.

Para nosotros, para nuestro ejército ya potente, pero todavía en pleno desarrollo, puede este desconocimiento contribuir de una manera eficaz a acelerar este proceso de información y a multiplicar la eficiencia combativa de nuestras unidades.

Nosotros tenemos masas inmensas a las cuales hemos sabido inculcar la fe inquebrantable en la victoria. Nuestras masas tienen, sin jactancia ninguna, una moral infinitamente superior a la del enemigo.

Sin filosofar sobre el hecho que nuestros soldados defienden sus tierras, su libertad y su patria, hay el otro hecho más concreto, más contundente: QUE A LOS DIECISEIS MESES DE LUCHA CONTRA UN EJERCITO ORGANIZADO, PROVISTO DE LOS MEDIOS MAS MODERNOS DE COMBATE, INTEGRADOS POR DIVISIONES ALEMANAS E ITALIANAS Y SUS ESCOGIDOS ESTADOS MAYORES, ESTE EJERCITO NO HA LOGRADO DERROTAR NUESTRAS UNIDADES EN FORMACION, NUESTRAS UNIDADES MANDADAS, EN SU MAYORIA, POR JEFES OBREROS Y CAMPESINOS.

Los labradores, los carpinteros, los albañiles, los metalúrgicos del 18 de julio al mando de Brigadas, Divisiones y Cuerpos de ejército, han hecho fracasar los planes y la ciencia militar de los generales fascistas.

La ciencia y la suficiencia de los generales de Mussolini.

La ciencia y la suficiencia de los técnicos de Hitler.

El Ejército popular ha sabido vencer a la defensiva.

El Ejército popular ha sabido pasar al ataque.

A la defensiva, ha escrito las páginas inmortales de la resistencia de Madrid. Nuevas y únicas en la historia de la guerra.

A la ofensiva, el Jarama, Guadalajara, Pozoblanco, Brunete, Pinto, Belchite, y, últimamente, la Cuesta de la Reina. Páginas épicas que marcan cada una de ellas una superación y una conquista.

Una superación en la técnica; una conquista en la disciplina.

Nuestro Ejército puede vencer.

Tiene que vencer.

Vencer en el frente del Centro, en el frente del Sur, vencer en el frente de Levante y del Este.

NUESTRO EJERCITO TIENE QUE VENCER EN TODOS LOS FRENTES.

Esta afirmación, este convencimiento, quita toda importancia a la pregunta.

¿Por donde ataque tenemos que derrotarlo? De ahí la necesidad, la urgencia de organizar, de clavar en el terreno la realización de este convencimiento, de este criterio.

LA NECESIDAD Y LA URGENCIA DE TRADUCIRLO EN UNA FIEBRE DE FORTIFICACION.

El optimismo de sus éxitos fáciles en el Norte, donde no hemos podido oponerle la fuerza de nuestras unidades organizadas, va seguramente a dar un empuje nuevo al enemigo para concentrar la violencia de sus ataques contra nuestras posiciones.

¿Será rechazado, desde luego!

Pero no podemos limitarnos a rechazarlo.

¿Tenemos que aniquilarlo!

QUEREMOS QUE SE ROMPA LOS DIENTES, LAS UNAS Y LAS PEZUNAS, como nos decía en su mismo despacho hace unos días el heroico general Miaja, recomendándonos transformar nuestras actuales líneas de defensa en vastos campos atrincherados.

Queremos que el enemigo se estrelle en sus desesperadas tentativas de romper nuestras líneas. Queremos cansarle, desmoralizarle con una resistencia a toda prueba.

Queremos inutilizar, ridiculizar su concentración de fuego artillero y los bombardeos en masa de aviación, dotando de refugios invulnerables a base de cemento y piedra nuestros atrincherramientos, nuestros nidos de

ametralladoras, nuestros puestos de mando de batallones y brigadas.

Queremos transformar la desmoralización de la artillería automática y de la metralla aérea, en mofa contra la impotencia y la ineficacia de las mismas, permitiendo a nuestros hombres desaparecer muchos metros debajo de tierra.

Queremos reducir al mínimo las bajas físicas y eliminar, para siempre, las bajas morales. Enterrar, para siempre, el fantasma del «chaqueteo» y hacer surgir nuestros hombres bríosos de sus refugios con una moral intacta para aniquilar al enemigo con el fuego cruzado de nuestras ametralladoras.

Queremos dar toda la eficacia al tiro de nuestros fusiles y toda la seguridad a nuestros fusileros. Liquidar el miedo organizando la protección, disciplinando la seguridad.

Todo esto, que podemos llamar la disciplina de la resistencia, la disciplina inteligente del combate defensivo, es la base eficaz del contraataque. Pero del contraataque contra un enemigo casi deshecho, agotado. Es la ofensiva con todas las probabilidades del aniquilamiento. Es la fase decisiva del combate.

Todo esto, camaradas Comisarios, Jefes, Oficiales, Sargentos y Cabos, se llama FORTIFICACION.

Todo esto no podréis lograrlo si no transformáis vuestras líneas en fuertes campos atrincherados, con refugios potentes, con caminos cubiertos, con «blok-huses» macizos.

La moral de nuestros hombres será siempre a la medida de la seguridad con que hayáis sabido organizar vuestras posiciones.

La moral de vosotros dependerá de la solidez de vuestros refugios, de vuestras líneas fortificadas.

La fortificación en la guerra de hoy lo decide todo. Reduce al mínimo el sacrificio de las unidades, permite asegurar la economía de las reservas que puedan ser empleadas con mayor eficacia después de los ataques sin resultado del enemigo.

La fortificación en la base actual de nuestra lucha es la clave del triunfo.

¡A FORTIFICAR, CAMARADAS, RAPIDA Y EFICAZMENTE!

¡FORTIFICAR ES VENCER!!



Cada ejército moderno se compone de tropas de distintas armas: infantería, artillería, aviación, tropas de tanques y autos blindados, caballería, químicas, comunicación, ingeniería, etcétera.

La victoria sobre el enemigo puede ser alcanzada sólo mediante los esfuerzos combinados de las tropas de distintas armas, siendo la infantería, como el arma más numerosa y variada, a la que tocará con más frecuencia desempeñar el papel decisivo.

La infantería puede actuar tanto en las llanuras como en las montañas.

La infantería puede actuar a pie y en autos, conjuntamente con los tanques, y en aeroplanos, con el consiguiente aterrizaje para el combate terrestre.

DE QUE ARMAS DE FUEGO Y DE PERCUSION PUEDEN DISPONER LOS PELOTONES DE TIRADORES Y DE AMETRALLADORAS DE PIE Y CUALES SON SUS CUALIDADES COMBATIVAS

La ametralladora con trípode, la de mano, el fusil máuser, la granada de mano, el petardo de humo, el revólver, la granada de fusil; he ahí la lista de armas de las cuales la infantería tendrá que hacer uso en el combate. Cada combatiente del pelotón de tiradores y ametralladoras de pie debe conocer bien y saber usar todas las armas citadas, para, en caso de necesidad, poder reemplazar al ametrallador que dejó un blanco en las filas, o bien para que pueda, al estropearse la ametralladora, utilizar otra arma.

El fusil máuser.—Su propiedad fundamental es la precisión del tiro, que permite, hasta los 600 metros, dar en el blanco desde el primer disparo contra cualquier objeto que percibe el ojo del tirador. El alcance máximo de la bala, conservando su poder mortífero, llega a 3.000 metros. El alcance práctico del tiro de fusil máuser lo determina la visibilidad del blanco. En vista de esto, es razonable utilizar el fuego aislado tan sólo hasta los 600 metros.

La rapidez del tiro de fusil máuser es, normalmente, de 5-6 disparos por minuto; pero, en caso de necesidad (rechazar un ataque), puede ser llevada hasta 12 disparos por minuto, sin disminuir demasiado los resultados del fuego.

La bayoneta.—Al lado de la granada de mano, la bayoneta es el arma principal de la infantería en el combate a corta distancia, especialmente de noche, en medio de una neblina o en medio de humo, cuando el enemigo puede acercarse inadvertidamente al que se ataca y la bala no podrá cumplir enteramente su papel protector del que se defiende.

La granada de mano.—El alcance del tiro es de 45 metros. Al estallar, la granada de mano se parte en más de 1.000 fragmentos, de los cuales 40-50 son peligrosos en un radio de 25 metros, desde el sitio de la explosión. Las granadas de mano pueden ser aprovechadas con mucho éxito para el ataque del enemigo, oculto en los embudos de los proyectiles y en las vaguadas, como también para rechazar los ataques.

Granada de fusil.—Sus cualidades, en general, son las mismas de las granadas de mano, pero el alcance de su vuelo, con miras a la se-

guridad de dar en el blanco, llega hasta 600 metros; lo que permite atacar con ella al enemigo que se está reuniendo en las contrapendientes de las elevaciones, a distancias fuera del alcance de las granadas de mano; la granada de fusil ataca también los blancos importantes, bien guarecidos por las ondulaciones del terreno y, por consiguiente, fuera del alcance de las balas.

El fusil ametrallador.—La principal cualidad del fusil ametrallador es la posibilidad de suministrar un haz de tiros certeros, para herir blancos aislados y, al mismo tiempo, proporcionar una corriente casi ininterrumpida de balas, hasta 150 por minuto. El alcance de las balas, conservando su poder mortífero, llega de 2.000 a 3.000 metros.

El alcance práctico del fuego de un fusil ametrallador se determina por la visibilidad del blanco y, en gran parte, con la posibilidad de la observación del sitio donde caen las balas. En distancias que pueden llegar hasta 700 metros, la ametralladora de mano, a falta de errores crasos en la determinación de las distancias y elección del blanco, ataca cualquier blanco aislado, percibido a simple vista. Así, pues, el fusil ametrallador se utiliza eficazmente para un ataque inesperado de blancos importantes, descubiertos a distancias hasta de 700 metros. Da muy buenos resultados el tiro de enfilada de la ametralladora de mano contra grupos de blancos.

Iguales excelentes resultados da el fusil ametrallador al hacer fuego con dispersión por el frente, lo que es muy importante para infligir bajas al enemigo que ataca.

En distancias de 700 a 1.200 metros la exactitud del fuego del fusil ametrallador disminuye considerablemente. Para la obtención, a estas distancias, de los mismos resultados que se consiguen en distancias hasta de 700 metros, se exige 3-4 veces mayor número de cartuchos.

La posibilidad del tiro de fusil ametrallador con dispersión en el fondo y a lo largo del frente, permite formar un fuego de cortina de ametralladora de noche y en medio de humo, dirigir el tiro a lo largo de las alambreadas y contra las lindes y puntos donde es más probable la aglomeración del enemigo.

Los objetivos del fuego para el fusil ametrallador los indica el comandante del pelotón, pero el apuntador de la ametralladora nunca debe omitir la posibilidad de atacar un blanco importante, notado repentinamente, o caer con una ráfaga de fuego sobre el enemigo, pasando al ataque.

El arma principal del pelotón de ametralladoras es la ametralladora de pie. El objetivo de todo el pelotón de ametralladoras es asegurar un fuego ininterrumpido, bien dirigido, certero y exacto de la ametralladora de pie. El máuser y las granadas de mano que integran el armamento de los ametralladores, sólo son para ellos medios de autodefensa. La cualidad principal de la ametralladora de pie es un torrente de balas, que llega hasta 600 disparos por minuto, y la posibilidad de dirigir este torrente contra un punto—con un diámetro de dispersión no mayor de 1.500 metros de la distancia hasta el blanco—, o distribuir uniformemente estas balas a lo largo del frente del blanco o en su fondo. Estas propiedades de la ametralladora la

hacen arma insustituible para el ataque de importantes blancos o para blancos anchos y profundos, en una distancia hasta de 2.000 metros.

La existencia de un trípode firme y de unos aparatos especiales, permiten hacer fuego con la ametralladora de pie también desde posiciones protegidas, en distancias hasta de 4 kilómetros, y hacer fuego poderoso de noche y en medio de humo.

POR QUE EL TIRADOR Y EL AMETRALLADOR DEBEN GASTAR CUIDADOSAMENTE LAS MUNICIONES, Y COMO REPONER LA RESERVA DE CARTUCHOS

La bala del tirador y del ametrallador es el medio principal para el aniquilamiento del enemigo. Al faltar los cartuchos, el fusil pierde su poder de fuego y la ametralladora se convierte simplemente en una carga pesada e inútil para el combate.

Cada tirador debe llevar consigo, a ser posible, cerca de un centenar de cartuchos, lo que es completamente suficiente para uno y hasta tres días de combate. Sin embargo, un mal tirador, un tirador que no sabe alcanzar al enemigo al primer disparo y que no comprende la importancia de economizar los cartuchos, puede gastar toda su reserva en una hora de combate y luego verse privado de medios para luchar contra el enemigo. Por eso la preocupación de ahorrar las municiones constituye uno de los deberes principales del tirador y del ametrallador.

Además de la reserva de cartuchos que cada tirador y ametrallador lleva consigo, en la compañía, regimiento o división, en su convoy de combate existen reservas de municiones, las cuales, a medida que se precisan, se traen y se reparten a los combatientes, para el reemplazo de los cartuchos gastados. Con todo, el acarreo de municiones durante el combate, desde la retaguardia, va unido a grandes dificultades, especialmente durante los reconocimientos y en la ofensiva. El enemigo tratará de impedir esto con su fuego. Por eso cada tirador y cada ametrallador, gastando económicamente los cartuchos y las granadas, debe preocuparse por sí mismo de completar su reserva, quitando los cartuchos a los muertos y heridos.

Al gastar la mitad de los cartuchos, el combatiente debe informar a su comandante, para que éste se preocupe de completar la reserva, y los restantes cartuchos gastarlos con más moderación. Al faltarle completamente los cartuchos, el combatiente debe armarse de máuser y cartuchos quitados al enemigo, si ello es posible, y continuar el combate con ellos.

La reserva de municiones que llevan consigo los fusileros ametralladores y en los cargadores de cinta de las ametralladoras de pie, es considerablemente mayor que la reserva de cartuchos de un tirador; no obstante, los fusiles ametralladores y, particularmente, las ametralladoras de pie necesitan decenas y aun centenares de municiones más que las que pueda necesitar el máuser.

Por ello, cada ametrallador, aún más que un tirador, debe preocuparse de gastar moderadamente las municiones y de cuidar la oportuna reposición de su reserva.

El mejor modo de economizar las municiones es aprender a tirar de manera que cada bala salida del fusil, cada descarga de balas disparada por la ametralladora, dé en el enemigo.

Siempre y en todas partes hay que guiarse por esta regla de oro, y ahorrar los cartuchos. No se debe tirar del gatillo sin apuntar exactamente al blanco, aun durante los ejercicios de instrucción: no se puede tirar con balas sin pólvora, sin apuntar exactamente al «enemigo», y hacer fuego con cartuchos de combate, sin atenerse a las reglas que aseguran la buena puntería del tiro.



García Lorca

Cuando García Lorca llegó a la poesía, la poesía ya era otra. No era la poesía rancia y ñoña que entretuviera a nuestros padres; pero era una poesía desquiciada, revolucionaria a ultranza, que temblaba de gozo por la destrucción de lo caduco. Sus poetas no fueron genios—muy pocos se salvaron del diluvio del olvido—; pero tenían en su conciencia ese deseo innato de juventud, que derroca con alegría el pasado (comprendiendo en el pasado, lo mediano, lo pobre; lo grande del pasado hemos de acostumbrarnos siempre a considerarlo joven). Con García Lorca llegaron los mejores de hoy, llegaron los Aleixandre, los Alberti, los Guillén, que cubrieron con creces la realidad presente de nuestra poesía más joven. De aquella poesía desquiciada y loca que le precedía, recogieron lo sano y revolucionario; amasándolo en sus inteligencias populares y cultas, lucieron la amalgama de los mejores poemas de nuestra época.

De esta mejor época de nuestra lírica es hito sobresaliente la figura llorada de nuestro Federico. Su poesía—cultura y pueblo—significa la sangría más bella que se hizo en el mismo corazón de lo racial de nuestra España.

Las alegrías, las penas, los sufrimientos, la

vida en pleno de nuestro pueblo pasa cinematográficamente por sus poemas, por sus escenas. Pero este continuo querer pulsar al pueblo que significa su lírica era molesto para la reacción. ¿Hacer poesía del pueblo para el pueblo? Era insensato y le costó la vida. Como Antonio José, el músico burgalés, también fusilado por el fascismo, nuestro poeta no tenía más delito que sentirse en su inteligencia cerca de los humildes, de los que junto a su pobreza guardaban lo que de tradición y Pueblo tenía nuestra España.

No era García Lorca un poeta revolucionario. Esto hay que señalar con letras muy grandes. Lorca no tenía la revolución con motivo de sus poesías. Pero Lorca se sentía con latidos más hondos en las esferas bajas de la sociedad burguesa en que vivíamos que en el alma de los que no sentían al pueblo y, por lo mismo, eran sus enemigos. Por ser poeta del pueblo, cayó el gran Federico en la verde noche de su Gra-

En la página presente desfilarán a lo largo de los números de esta revista los poetas que, sintiendo la savia de lo popular y revolucionario, supieron plasmarla en bellas estrofas. A la cabeza de ella, nos parece innecesaria la explicación, aparece hoy Federico García Lorca.

ROMANCE DE LA GUARDIA CIVIL ESPAÑOLA



Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura
y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
una vaga astronomía
de pistolas inconcretas.

¡Oh, ciudad de los gitanos!
En las esquinas, banderas.
La luna y la calabaza
con las guindas en conserva.
¡Oh, ciudad de los gitanos!
¿Quién te vió y no te recuerda?
Ciudad de dolor y almizcle,
con las torres de canela.
Cuando llegaba la noche
noche, que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.
Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.

Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa,
en la noche platinoche
noche, que noche nochera.

La Virgen y San José
perdieron sus castañuelas,
y buscan a los gitanos
para ver si las encuentran.
La Virgen viene vestida
con un traje de alcaldesa
de papel de chocolate
con los collares de almendras.
San José mueve los brazos
bajo una capa de seda.
Detrás va Pedro Domecq
con tres sultanes de Persia.
La media luna soñaba
un éxtasis de cigüeña.
Estandartes y faroles
invaden las azoteas.
Por los espejos sollozan
bailarinas sin caderas.
Agua y sombra, sombra y agua
por Jerez de la Frontera.

¡Oh, ciudad de los gitanos!
En las esquinas, banderas.
Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita.

¡Oh, ciudad de los gitanos!
¿Quién te vió y no te recuerda?
Dejadla lejos del mar
sin peines para sus crenchas.
Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
Avanzan de dos en fondo.
Doble nocturno de tela.
El cielo, se les antoja
una vitrina de espuelas.

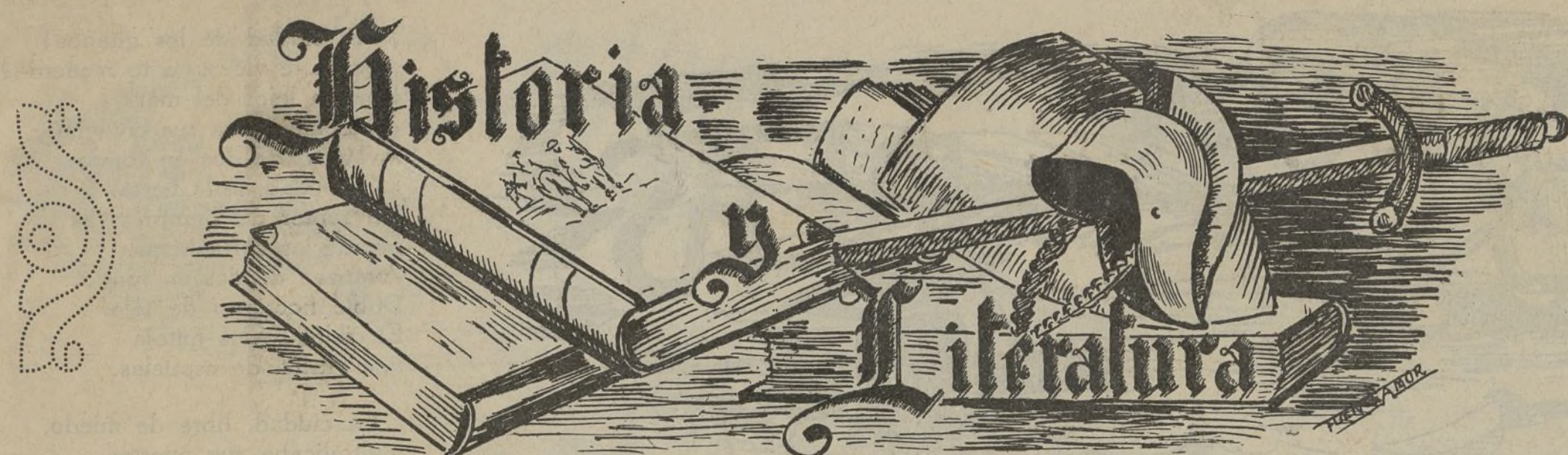
La ciudad, libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas.

Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Por las calles de penumbra
huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de moneda.
Por las calles empinadas
suben las capas siniestras,
dejando detrás fugaces
remolinos de tijeras.

En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas,
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La Virgen cura a los niños
con salivilla de estrella.
Pero la Guardia Civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.
Rosa la de los Camborios
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corían
perseguidas por sus trenzas,
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.
Cuando todos los tejados
eran surcos en la tierra,
el alba meció sus hombros
en largo perfil de piedra.

¡Oh, ciudad de los gitanos!
La Guardia Civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.
¡Oh, ciudad de los gitanos!
¿Quién te vió y no te recuerda?
Que te busquen en mi frente.
Juego de luna y arena.





Al mismo tiempo que nuestros soldados se van perfeccionando y van supliendo la ignorancia a que les tenía sometidos la dominación de los terratenientes y clericalismo español con una ampliación o perfeccionamiento de su cultura, se va despertando en ellos un afán de saber, de recrearse, emocionándose, en todas las virtudes literarias y de adentrarse, para experimentarse, en todas las reconditeces de la historia. Para dar cumplimiento a estas legítimas satisfacciones hemos organizado, para desarrollarlo, unas veces en la medida de nuestras posibilidades y otras acudiendo a la cooperación, ya que no colaboración, de otras plumas más autorizadas y mejor informadas que las nuestras, esta sección. Trazados por ellas o por nosotros, irán apareciendo en ella artículos de prosa cuidada y refinada; unos, que les cante a nuestros soldados las excelencias del saber, enseñándoles; otros, los varios acontecimientos que en el mundo se han ido desarrollando, siempre en pos de mejorar las condiciones de vida de esos enormes contingentes de hombres llamados masas, que, en la historia, han tenido diferente denominación hasta culminar en nuestra época en que somos conocidos como «obreros». Un laudable afán de superación cultural en nuestros soldados nos lleva a realizar este trabajo. Para él sólo una compensación buscamos: la de vernos asistidos con el interés y con el fervor de todos nuestros combatientes. A ellos les cabe decir si nuestro esfuerzo ha de ser malogrado o laudable.

Glosas Históricas

Dos años—Dos épocas

Año 711. Unos guerreros, oriundos de un rincón caldeado de la Arabia, habían extendido su dominación sobre los pueblos ribereños del Africa Mediterránea. Su natural belicoso, el fanatismo de su raza y su avidez de conquistas les tenían siempre propicios a someter con golpes de cimitarra a pueblos débiles e impotentes.

Dueños de las estribaciones del Atlas Septentrional; España, separada de ellos por las ondas azules del Mar Latino, era una presea que brillaba ostensiblemente en su imaginación oriental, soñadora de correrías.

Tiempos atrás, se habían impulsado sobre la presa. Una armada de numerosos bajeles, con tropas agueridas, intentaron la empresa de un desembarco en nuestro suelo. Wamba les salió al encuentro y en

las profundidades del mar quedaron sus naves destrozadas como resultado de su osadía.

Cruzaron vertiginosos los días estériles. La monarquía visigoda se iba hundiendo en el fango de la corrupción. Los señores castellanos, se agrupaban en torno de la corte; hervidero de bacanales y orgías. La miseria anegaba los campos que quedaban yermos, sin brazos en su cultivo. Las industrias, pequeños restos de un pasado floreciente, se desmoronaban sin hálitos que las resurgieran de nuevo, y de aquella cultura hispanoromana sólo quedaba una débil entelequia... El ejército perdió su vigor y adiestramiento y con él, las armas, última esperanza ante el anuncio fatídico de la tormenta que se vislumbraba.

En este escenario desolador, alboró el año que sirve de tema, y disponiendo de los destinos de la tierra hispánica, se hallaba un rey, don Rodrigo, que no vaciló ante el crimen por elevarse al trono.

Más atento a sus placeres personales que a la gobernación de su pueblo; su tiempo corrió con la algarabía de los locos burdeles, atropellando honras, mancillando vidas y manchándose de eterno baldón e ignominia, siendo la causa impulsora del derrumbamiento.

Los golpes de su desenfreno, marcaron su huella en una mujer de rara belleza, Florinda «La Cava», hija del conde don Julián, gobernador de la plaza de Ceuta, centinela avanzado del estrecho guardando la seguridad de nuestro suelo.

Abrumado por el peso de la afrenta, el viejo conde, inmundo espíritu de aquella época, sintiéndose ansioso de venganza. El, antepone sus fines egoístas al interés de la patria. Ante el honor no sobreponer nada. Tantas veces había visto sangre sacrificada por el ruin concepto que del honor tenían, que no vacila, vende a su patria y comete la traición, abominada en todos los tiempos y por todas las épocas.

Ceuta. «La Calpe» guardiana del estrecho, llave de España, es entregada vilmente a los árabes, frutos de infames conciliábulos tenidos entre la felonía de un soberbio y el afán de poderío de una raza, que había de ser nuestra secular enemiga. Con la ciudad, el traidor, informa al Emir africano de la situación instintiva del país, y aprovechándose, una partida cruza el estrecho y se establece en Tarifa. Vuelven más refuerzos a los invasores, gran número de soldados pertrechados, y con ellos Muza, el Emir africano.

Estos aldabonazos en nuestra tierra resonaron estrepitosamente en la baraúnda de la corte de don

Rodrigo. Con premura e imprevisión, forma un ejército y precipitadamente busca al enemigo. Las llamas del Guadalete, son mudos testigos de la lucha. A nuestro lado la inspiración suple deficiencias; pero aún existen más traidores, el obispo don Oppas varios magnates se unen al enemigo, determinando derrota.

Raudos como el galope de sus corceles, ascienden los invasores por el valle del Betis, y una nube de sangre y fuego asola nuestros campos, que en breves lapsos de tiempo se ve hollado por la planta del invasor.

Entre las adversidades surge pujante el ardor patrio y guerrero de nuestro pueblo, y los Montes cántabro-asturianos son los primeros baluartes de una lucha constante de ocho siglos de sangre y sacrificios, hasta arrojar de España a los hijos del Profeta...

Pocos años después los traidores reciben su premio; se descubre una conspiración entre los árabes, les inculpan, y en un cadalso espían los crímenes que habían ligado a las cadenas de sus maldades.

Año 1936. El fascismo internacional acecha la ocasión de clavar sus inmundas garras en ricos flones de nuestro suelo. Una aristocracia envilecida y amasando millones; unos militares soberbios y traidores; una iglesia de mercaderes del templo; un pueblo que se siente viril en defensa de sus libertades y en un 15 de febrero quiere romper, pacíficamente y para siempre, las cadenas que le atenazan.

Y vuelve de nuevo a España, la sombra de don Julián. Cuando el derroche fastuoso, la ambición desmedida, las riquezas y poderío de las clases privilegiadas se vieron un tanto amenazadas; ellos, los que tanto invocaban el nombre de España, no vacilaron, y por pasiones más bastardas que las de su antecesor histórico, vendieron su patria a tiranos extranjeros. Llegó el 18 de julio, y al contemplar que el pueblo español, sacando sus virtudes raciales, les hizo frente, abrieron, cual conde don Julián, las fronteras de España trayendo nuevos africanos como instrumentos de sus apetitos. Y por las viejas ciudades de Castilla, plagadas de heroicos recuerdos y de gestas de leyenda, resuenan marchas militares de esclavos extranjeros, traídos a nuestra patria por felones hijos de ella, que aún teniéndolo todo no se sentían satisfechos.

X.



EUTRAPELIAS TRINCHEROIDES

Con el nuevo formato y la estructuración por secciones de nuestro periódico, nos han dedicado una para nosotros solitos y, claro, nos sucede lo mismo que a los jóvenes al estrenar un traje, que para su mejor complemento, le piden el reloj a su padre, los calcetines a un hermano y la corbata a un primo. Como a pesar del traje nuevo, de cacumen eutrapélico no andamos más que regular, nos hemos dedicado a pisar eutrapelias a los clásicos y las ponemos como si fueran propias. Se darán premios a aquéllos que descubran de quién son.

Amable es la vida; pero ¿cuánto más amable no es el ideal a que podemos elevarnos sacrificándole?

El heroísmo que algunos hoy se gastan está prostituido hasta el extremo de buscar, no la realización de grandes ideales, sino el ascenso rápido en la escala respectiva.

Nosotros no conocíamos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. Empezamos a forjar el orgullo intelectual; cuando lo logremos podremos considerarnos felices.

El verdadero revolucionario es el que tiene ideas más nobles y más justas que los otros y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen fruto y las defiende, si el caso llega, con el sacrificio.

No hay pueblo, por muy incapaz que sea de gobernarse, que no aspire a ser amo de su casa.

Sólo los tontos quedan satisfechos de sus obras y se encariñan con ellas.

Las humillaciones individuales, los sufrimientos, la desgracia más profunda, todo es bueno, si se sabe revestir con dignidad para demostrar la fuerza, la vitalidad de nuestra especie.

Cada cual debe ser por fuera lo que es por dentro; el que se retoca para no parecer lo que es, da mala idea de sí mismo, puesto que él mismo empieza por despreciarse.

No hay edad más dichosa que aquella en que el niño está mamando, en que para él no existe más gloria que estar colgado del pecho de su madre; y no hay condición más feliz que la del hombre que vive apegado a la tierra, madre de todos, recibiendo de ella la vida en pago de sus esfuerzos.

Hay hombres que viven sin saber los esfuerzos sudores que cuesta el pedazo de pan de que diaria mente se nutren, y estos hombres no pueden comprender la verdadera fraternidad, que consiste en considerarnos ligados a los otros hombres, de tal suerte, que nuestra existencia sea imposible e infecunda sin los demás.

FERGA.—Consejo Obrero.—Ventura Rodríguez, 26.

Eutrapelias trincheroides

Noviembre 1936. Trincheras de Carabanchel. Una Capitanía instalada en los almacenes de una entidad de explosivos. El Mando de un Batallón de voluntarios levantinos. Unas casas más abajo. Un coche que llega a los almacenes. Un hombre, con pelo ondulado, que se apea y se interna en los almacenes adentro. Un Brigada que sale e interroga al del pelo ondulado.

—¿Dónde va con esos cartuchos?

—Es que yo soy del Batallón de aquí al lado, y los cartuchos son para cazar.

—Pues, sin permiso del Capitán, no se pueden sacar cartuchos.

—¿Y dónde está el Capitán?

—Allí viene.

—¿Aquel con cara de pijo? No merecen los cartuchos el permiso. Salud.

Y se fué sin los cartuchos.

Noches después. Una avanzadilla próxima a las líneas enemigas. Un Comisario de Batallón, un Secretario de pueblo y el del pelo ondulado, llegan con la pretensión de hablar al enemigo.

—Camaradas, ¿nos dejáis una bocina?

—La tiene el Capitán.

—¿Y quién es el Capitán?

—El de los cartuchos—replica el del pelo ondulado.

Aparece el Capitán. Discusión. Entrega de la bocina. Discursos de circunstancias. El Secretario de pueblo, en un arrebató de su oratoria fogosa, consigue que le envíen como premio una ráfaga de ametralladora. El Comisario, a pesar del calor de sus palabras, acaba con las narices completamente escarchadas. El Brigada logra que los del Batallón le inviten a cenar. El Capitán continúa en la soledad de sus pensamientos.

Epílogo. Noviembre 1937. Trincheras de otro frente del Centro.

El Comisario de las narices heladas, el Capitán de la soledad de pensamientos, el Brigada del apetito devorador y el «gachó» del pelo ondulado, se encuentran reunidos en nuestra Brigada.

Paradojas del Destino. Del destino del D. O.

★

Hace un año llegaron al frente de Madrid voluntarios de toda la España leal, que entraban en línea sin la menor preparación militar.

En las trincheras del Barrio de Goya (Carretera de Extremadura) se incorporaron a una Compañía 115 valencianos, en su mayoría campesinos. Como se pudo, se les fué adiestrando; pero debido a sus dificultades para entender castellano, lo único que no se podía conseguir es que se aprendieran las consignas. Los Oficiales se esforzaban en explicarles que el centinela debe de dar la pregunta y esperar la respuesta; pero todo en vano. Lo que sí entendían es que si no se contestaba tenían que disparar.

Una noche, el Capitán de la Compañía regresaba de recorrer su posición, y al llegar al puesto de Mando, oye en la obscuridad:

—¡Alto!

—¡Alto está!

Una vez parado, el silencio más absoluto, y el centinela enfrente con un fusil preparado.

—¿Pero das la consigna o no?—dice el Capitán.

Nuevo silencio. Por fin, con enérgica voz, pregunta el centinela:

—¿No, pregunta ni respuesta?

Y el Capitán, no sabiendo qué contestar y diciéndolo: ESTOY PERDIDO, echó cuerpo a tierra.

★

Los combates en el frente de Madrid no se parecen a los combates de ningún otro frente. La guerra allí es una cosa distinta a toda la guerra, sobre todo en el sector de Carabanchel, el que se ha recuperado casa por casa, dándose el caso de que una misma estaba

ocupada por los dos bandos, separándose nada más el patio, al que no se podía salir por estar tapado por bombas de mano, que arrojaban indistintamente unas u otros al sentir ruido. Es el sector de los golpes de mano, de las sorpresas. Una noche, y por sorpresa, se ocupó una casa, haciendo prisioneros a todos sus ocupantes.

Se efectuó la ocupación con tanto sigilo que el Oficial fascista que mandaba la fuerza estaba placidamente dormido, cuando sintió en un hombro un golpe y una voz que le decía irónica:

—¡Eh!, despierta, camarada, los rojos han llegado.

El Oficial abrió los ojos y, volviéndose del otro lado, contestó:

—No seas bromista. Déjame dormir en paz.

Claro, minutos después estaba firmemente convencido de que no era broma.

YO

REALIDADES

La República española, como Estado representativo de una clase que supo buscar su puesto dentro de las buenas normas, se vió el 18 de julio del 36 acometida por la ferocidad egoísta de unos hombres que, aunque fidelidad y honor le habían prometido, no podían deshacerse de la inhumana concepción fascista. Sus medios defensivos fueron de momento débiles; no tenía instituciones armadas que le ofrecieran la garantía necesaria; cada instante que pasaba podía traer un nuevo levantamiento, la situación no cabe ser descrita por segunda; todos tenemos presente los trámites tan difíciles que en los días preliminares tuvimos que resolver: Ejército, medios guerreros, preparativos bélicos para hacer frente a una campaña cuya duración se ignoraba. Nada poseíamos. La clase trabajadora, el pueblo honrado, con deficiente instrucción y preparativos militares, hizo frente a la ofensiva grosera de las huestes invasoras. Lo que esto constituyó no es necesario contar, pues fué lo fundamental y preciso para obtener los principios de nuestra liberación.

Hoy, no reconocemos detalles que nos hagan suponer debilidad en la contienda emprendida; disfrutamos de los efectivos más que suficientes para exterminar, no ya a los traidores de España, porque éstos no son nadie, sino a las huestes extranjeras de Hitler y Musso-
lini.

Los éxitos de las armas republicanas son incontables; los fracasos del invasor son innumerables; las posibilidades del triunfo, en lo civil y en lo militar, han radicado, de siempre, en la razón, por tener ésta en su seno la fuerza suficiente para imponerse.

Nuestros soldados describen, con firmeza sin igual, la calidad y condiciones que son las normas precisas para obtener la victoria, actúan en el servicio de manera insuperable, cumplen sin contrariedad cuanto exige el momento, sienten admiración hacia sus mandos y poseen, para la lucha, amor revolucionario que les permite seguir en los más rudos trabajos.

Tanques, armamento y aviación, administra la República para surtir por demás todas las necesidades; Ejército bien compuesto, mandos afectos al régimen. Por todas partes se ven; aumentan los efectivos de inteligencia en la tropa; funcionan en las Unidades las Milicias de Cultura; no lleva nuestro Gobierno lo que persigue el fascismo, la misión de que subsista la incultura y la ignorancia para poder mantener a toda la Humanidad en el más obscuro abismo.

He aquí por qué me atrevo a decir, una vez más, lo que siempre he pronunciado y sentido:

¡¡Somos los más y los mejores!!

¡¡Perseguimos la Justicia!!

¡¡Nos asiste la razón y tenemos la moral!!

¿Y qué ostenta el enemigo? Inmundicias y crueldades. Miseria y desolación.

¡¡Queremos la Sociedad civilizada!!

¡¡Viva la República!!

¡¡Viva la Libertad!!

PEÑUELA

Normas del buen soldado

Camaradas soldados de la 110 Brigada Mixta: La disciplina es una cosa, que todo soldado debe acatar y obedecer, pues sin ella no podemos alcanzar el triunfo de nuestra victoria.

Se entiende por disciplina el ser puntual en todas las obligaciones militares: la subordinación, el respeto, la obediencia y la deferencia a los superiores, la consideración al ciudadano y a la propiedad y el aseo personal. Quiero haceros una advertencia sobre esto. En la campaña, si el soldado no se cuida de asearse, es un enemigo de la causa—puesto que por uno que haya sucio en una compañía puede ocasionar gran parte de bajas en la misma—; así es que, lo que más os recomiendo es que debéis de tener la más escrupulosa limpieza y aseo personal propio.

La disciplina se entiende en muchos sentidos, cosa que, por falta de tiempo, no puedo explicar detalladamente; pero sí quiero haceros unas pequeñas advertencias: El soldado, cuando sale del cuartel con el elemento civil (y mayormente con las mujeres), debe tener toda clase de consideración y respeto, puesto que a la mujer hay que respetarla en todo cuanto sea posible, y con esto demostrará, en todos los sitios que lleguemos, que son verdaderos soldados del pueblo, debidamente disciplinados.

La obediencia ha de ser absoluta, pronta y respetuosa. El valor y energía tienen que ser igual; con esto podemos llegar en seguida a nuestra victoria para abrazar a nuestros hermanos y compañeros esclavizados.

Tengo que llamaros la atención sobre la destrucción y abusos. En terreno conquistado está muy mal efectuar incendios, derrumbar edificios, pues todo esto tiene suma importancia para nosotros, porque en ellas pueden existir valores que podemos recuperar y, además, todo edificio podemos utilizarlo para hospitales, escuelas y otras muchas cosas que son útiles para desarrollar y desenvolver los cerebros de nuestros hijos y crear una nueva España, libre y democrática.

El saludo a los superiores es obligatorio, tanto en el cuartel como fuera de él, pues esto, haciéndole militarmente (como así debe ser), da a conocer de que el soldado es hermano del pueblo y el Ejército Popular está verdaderamente instruido y disciplinado.

Creo que, por primera vez que me dirijo a vosotros, camaradas soldados, en nuestro periódico, haréis un poquito de sacrificio en las pocas advertencias que os hago y tendréis en cuenta mis normas del buen soldado.

ANGEL PULIDO

Para el periódico del C. de E.

«Para que se active la colaboración en *Fuego*, y nuestros combatientes puedan explayar sus facultades artísticas y literarias, abrimos el siguiente concurso de poesías, crónicas, cuentos y consignas, en el que podrán intervenir todos los combatientes del Jarama. El premio consistirá en *ocho días de permiso* a los autores de los trabajos premiados, que recaerán en beneficio de los que, durante este mes y el siguiente, presenten en la redacción de *Fuego*, por medio del correspondiente de este órgano, en su unidad o directamente:

a) La mejor poesía de guerra.

b) El mejor cuento de campaña.

c) La mejor crónica o artículo sobre motivos que se relacionen con las preocupaciones de los mismos combatientes.

d) La mejor consigna militar.

Los trabajos no han de ser muy largos ni rebasar la extensión de cuatro cuartillas escritas a máquina. Estos trabajos pueden ir ilustrados con dibujos de otros combatientes, que disfrutarán el mismo premio que el autor literario. Los trabajos se irán publicando en las columnas de *Fuego* por el orden de su envío.

Rogamos encarecidamente a los corresponsales de *Fuego* la propaganda en sus Unidades de estas bases, y rogamos a la par a los Responsables o Directores de los periódicos de las Brigadas la publicación de las mismas.»

«La victoria no depende por modo exclusivo de los triunfos y reveses de nuestras armas, sino también de la fecundidad de los campos y de la productividad de nuestros talleres. Cuanto mayor sea nuestra aplicación al trabajo, más corto será el tiempo que nos separe de la victoria.»

MIAJA

Me piden unos camaradas que haga un artículo acerca de la heroica defensa de Madrid. Gran conflicto para mí que no soy escritor. Si no lo hago, pueden éstos tomarlo como un desaire y si, por el contrario, acepto, tengo miedo, y bien justificado, de hacer el ridículo. Me hablan de una figura tan grande como la del General Miaja, y este es, precisamente, mi temor: tener que escribir acerca de un héroe, de quien tanto se ha escrito y tantos elogios merece.

★



Al ser trasladados los restos de Napoleón a la tumba que en París le fué erigida, se reunió en sesión la Academia de la Lengua Francesa, para acordar la inscripción que había de colocarse en el mausoleo construido a la gran figura histórica. Mucho tiempo duró la discusión de los distintos temas presentados, de la que salió triunfante, como resultado final, la siguiente: ¡NAPOLEON! Esto me redime a mí, en este caso, de hablar acerca de la figura del gran General de la República, y escribir con letras muy grandes: ¡MIAJA!

EL TOPOGRAFO

Recuerdos del 7 de noviembre

En el homenaje que nuestra Brigada, con este número, brinda al aniversario del cerco de Madrid por las hordas del fascio, ¿qué puede decir un madrileño que ya, desde el 19 de julio, ofreció su vida a la defensa de esta querida ciudad? Hoy, como en 1808, demuestra al mundo que existe un pueblo de hombres libres, que son incapaces de emplear sus energías de trabajadores conscientes en sojuzgar a seres indefensos, pero que derrochan estas mismas energías en impedir que otros, cegados por un deseo insano de poder y de unas ansias de sostener privilegios, que el lógico avance de una clase siempre vejada iba cerceando, iniciaron una guerra cruel y que en ella se produjeran hechos cual los que presencié y que algún día la historia plasmará en letras de molde. Eran las fechas que hoy conmemoramos, días en que muchos héroes anónimos cayeron, y que nosotros, los que por suerte vivimos, tenemos el deber de colocar donde correspondan. Aprovecho esta ocasión que la suerte me depara, para rendir este homenaje a Madrid y a los héroes que ofrendaron su vida, y cuyo recuerdo no se podrá borrar de los compañeros que con ellos vivieron aquellos trágicos momentos.

Uno fué Julián Gómez Reyes. Veintitrés años, natural de un pueblo de Cuenca; era repartidor de pan en Madrid, enrolado en el glorioso 5.º Regimiento, embrión de nuestro actual Ejército. Pasó a formar parte de una de las varias compañías de aquel Regimiento en la Sierra. Allí se formó su espíritu combativo y de la Sierra salió, con su compañía, el día 9 de noviembre al sector Pozuelo-Húmera. En uno de los más cruentos combates de aquel sector, quedaron varios camaradas muertos y heridos en un sitio peligroso, batido, constantemente, por las ametralladoras enemigas, hasta tal extremo, que, en tres días, no fué posible hacer ninguna descubierta. Por fin, y, mante-

niéndonos en una casita que a unos cuarenta metros del enemigo se hallaba, esperamos hasta ver un movimiento que denotaba un hombre con ansias de vivir. Al ponerlo en conocimiento del destacamento, produjo, en aquellos luchadores, algo imborrable. Todos querían salir a auxiliarle. El teniente que mandaba aquel destacamento tuvo que hacer enormes esfuerzos para hacer comprender que aquello sería una locura, y sólo aceptó el que uno sólo saliera a llevar una cantimplora de café a aquel que, lógicamente, consideraban exhausto por los tres días de imposible auxilio. Con la sangre hirviendo, Julián Gómez, cogiendo la cantimplora, saltó la zanja, se arrastró y, bordado su cuerpo por las balas enemigas, consiguió llegar cerca del herido. La emoción en toda la posición llegó al paroxismo, pendientes todos de lo que ante sus ojos sucedía. Por fin llegaba, y al sortear un pequeño obstáculo, una traidora bala le entró por la frente, llevándose aquella vida joven que supo hacer holocausto de ella en aras de lo más sacrosanto: de un acto que revela la fraternidad entre los hombres. No es un mito a pesar del empeño de otros hombres en ahogar en sangre esa idea.

Aquella noche no se pudo contener a los compañeros y pudimos recoger a nuestros camaradas; desconozco si aquel herido se salvaría. Si así fué y por una casualidad estas líneas llegan a él, recuerde a quien la Parca inmoló por salvarlo.

Otro fué... Aquí me asalta el deseo de exponer un hecho que merece destacar. Aquella Compañía llevaba en sus filas, como otros tantos soldados, cuatro mujeres. ¡Sí, mujeres! Veo en todos vosotros un gesto ambiguo. Cuatro mujeres que, en honor a la verdad, no tengo inconveniente en afirmaros que valían por ocho hombres. He presenciado el caso de la convivencia íntima (pues íntimo es dormir juntos) durante cinco meses de más de cien hombres con cua-

tro mujeres que olvidaron su sexo para darse íntimamente a la causa que defendían. Rindo este homenaje a las que viven, en honor y memoria de la que murió en aquella misma Húmera. De ingrata memoria.

Aquel pueblo tenía para su defensa dos compañías y un batallón que defendía su flanco derecho fuera ya del pueblo. Aquí aprovecho la ocasión para fijar la atención en una enseñanza sacada de aquel combate. En uno de los varios ataques al sector, el batallón que defendía el flanco derecho cedió huyendo a la desbandada, siendo diezmado y quedando, al avanzar el enemigo y cortar la carretera, el pueblo incomunicado y merced del mismo. Durante todo el día se hizo una desesperada defensa del pueblo, siendo el alma de la defensa aquellas cuatro mujeres. Sobre todo una, que, desde lo alto de una tapia y como poseída de una locura santa—¿no se llama santa a Juana de Arco?—, insultaba, a la vez que disparaba, enardeciendo a sus compañeros. Al fin, el enemigo retrocedió, y al día siguiente pudo restablecerse la línea. La enseñanza es ésta: el batallón que huyó fué diezmado. Los defensores denodados del pueblo no tuvieron ninguna baja. Aquel día, al restablecerse la comunicación con el resto de la fuerza, fué de fiesta. Se organizó un baile con gramófono a cuarenta metros del enemigo. Una bomba dejó segada otra vida joven en plena alegría del triunfo. Bailando le estalló en la cintura, partiendo en dos un ser que se entregó a la defensa de la libertad de los pueblos.

¡Llor a Bonifacia Azurmendi! Vasca, con sus veinte años floridos. Nueva heroína de este Madrid invicto que amalgama, dentro de sí, la sangre de toda España, la que hará florecer el fruto de la victoria, que, lejana o cercana, de este Madrid ha de ser.

NOGUES.

FERGA.—Consejo Obrero.—Ventura Rodríguez, 26.